

HONG KONG PELIGRO MAXIMO

Por **EDUARDO HARO TEGLEN**

LAS huelgas, las manifestaciones, la sangre vertida en las calles de Hong-Kong son algo más que unos simples incidentes locales. Puede ser el principio de una situación grave. Hong-Kong reúne en sí todos los elementos sociales de lo que se llama un polvorín revolucionario. Territorio chino cedido a Gran Bretaña hasta 1997, China respetaba hasta ahora el tratado y se suponía que lo continuaría respetando por unas razones de conveniencia propia; amparados por esta situación, los británicos han ido poco a poco transformando —o dejando transformar— Hong-Kong, Kowloon y lo que se llama «los nuevos territorios», en un centro de intervención política, militar y de espionaje de los Estados Unidos, aunque hayan mantenido una cierta apariencia de neutralidad. Puede haber llegado el momento en que a China le convenga ya perder los beneficios económicos que obtiene de Hong-Kong si con ello hace perder una base importante de los Estados Unidos en Asia, amparada por la bandera británica. Las revueltas de estos días quizá tengan esa significación. Hasta ahora, Hong-Kong ha sido escenario de numerosas revueltas, como consecuencia de una situación social que puede considerarse como trágica y vergonzosa. La de ahora tiene por primera vez el apoyo oficial y la participación del partido comunista chino.

Hong-Kong pertenece a Gran Bretaña desde 1842 en virtud del tratado de Nanking, que puso fin a la llamada «guerra del opio». La «guerra del opio» se resume en pocas líneas: los mandarines chinos luchaban contra la importación de opio —procedente de la India— que realizaban los ingleses; lo consideraban una droga mortífera —como, en efecto, lo es— y sostenían que la intención británica era debilitar al pueblo chino para dominarlo mejor. En 1839 los chinos confiscaron en Cantón una enorme cantidad de opio y lo arrojaron al mar: los británicos desencadenaron la guerra. El «Times», de Londres, publicaba (6 de noviembre de 1840) un editorial en el que decía: «¿Es nuestro propio interés o el de los pobres chinos lo que nos autoriza a infligirles nuestra formidable potencia de matar?». Como se ve, esta clase de sangrientos sofismas los sigue sufriendo hoy Asia. El interés de los pobres chinos fue brillantemente defendido por los ingleses: tras sucesivos bombardeos, y expediciones punitivas, obtuvieron el pago del opio confiscado y el derecho de seguirlo introduciendo en China, hasta el punto de que hoy el mundo sostiene que el opio es un vicio típicamente chino. Hong-Kong fue la presa de

aquella guerra. Como Hong-Kong era una isla sin recursos propios, los británicos consiguieron, por la convención de Pekín de 1860, Kowloon, en el continente; y en 1898, los llamados «nuevos territorios», cedidos por 99 años. El «Times» citado defendía la idea de que los «ingleses emprendedores» tenían «la plena capacidad de determinar el bien de un pueblo inerte» y el «derecho de imponer sus puntos de vista a esas pobres muñecas de cera sin defensa, conduciéndolas a la sumisión por medio de la metralla». Hong-Kong es hoy, en efecto, una muestra de la capacidad emprendedora de los británicos. Es uno de los puertos más ricos del mundo. En sus territorios funcionan unas seis mil fábricas. Apenas existen los impuestos, ni los derechos de aduanas, los cambios de moneda son libres. Cada año se construyen nuevos rascacielos, se implantan nuevas empresas.

Sin embargo, los habitantes chinos de Hong-Kong son los únicos que rivalizan en el mundo con los de la India —otra creación del Imperio británico— en hambre, miseria, desesperación. «Más de cien mil personas viven en los suburbios flotantes, que constituyen los "sampons" y los juncos. Otras ochenta mil existen ilegalmente en las terrazas de las amontonadas viviendas que, demasiado frecuentemente, sucumben al fuego, a los tifones o, simplemente, a la vetustez» («Sunday Times», 21-V-67; ciento veintisiete años separan las dos citas del «Times», y muestran la realidad desesperante de la historia). Los quince mil europeos de la colonia son ricos, o viven con esplendor: los cuatro millones de chinos se mantienen apenas de un bol de arroz al día. Luchan a muerte por conseguir un empleo: y un empleo bien pagado ofrece 2 libras por semana a un nativo. La población crece al ritmo de 250.000 habitantes al año —muchos de ellos son refugiados de China, aunque hay una corriente migratoria de ida y vuelta casi equilibrada en estos últimos años—. «La mano de obra ha sido siempre barata; la proliferación humana representa aquí la parte de las máquinas electrónicas en el Oeste» («Sunday Times», n. c.). «Aquí no hay tonterías con respecto a la democracia. Los únicos representantes electos son ocho miembros del concejo municipal, cuyas responsabilidades básicas —tan limitadas por la dictadura gubernamental— consisten en la administración de la recogida de basuras y en la aprobación de los cambios de nombre de las calles» («Sunday Times»). La crueldad con que ha intervenido la policía en la represión



La llamada «cortina de bambú» separa el mundo occidental de China; del lado de Hong-Kong el puesto fronterizo es Lowu; del otro, es Shun Shun.

de los últimos disturbios es una muestra de cómo se sostiene el orden en este polvorín social.

La participación directa de Pekín en los conflictos de Hong-Kong ha sido, hasta ahora, escasa o nula. Hong-Kong suponía para China una importante base de operaciones comerciales. La «China Resources Company» y sus sociedades filiales controlan más de 50 empresas de importación y exportación, y unos doscientos almacenes de venta al por mayor; el gobierno chino dispone de muelles, almacenes, depósitos frigoríficos. Se calcula que Pekín recibe anualmente unos ochocientos millones de dólares en divisas a través de Hong-Kong, no sólo como producto de sus exportaciones —seda, textiles, arroz, aceite, petróleo, productos alimenticios—, sino también como fruto del dinero enviado desde el extranjero por los emigrantes chinos. El «Banco de China» es un poderoso edificio que no desmerece en nada junto al de la «Hong-Kong and Shanghai Banking Corporation», sostenida por la potencia comercial británica. Al mismo tiempo, como punto de compras, China ha utilizado Hong-Kong para burlar el bloqueo dictado por los Estados Unidos. De esta forma, Hong-Kong y sus territorios son el único lugar del mundo donde el comunismo y el capitalismo conviven o convivían. Con tan pocos puntos de fricción que los británicos no han tenido el menor temor por su futuro; ni siquiera el plazo fatídico del final de la concesión —dentro de treinta años— les impedía continuar sus inversiones. Los británicos piensan que dentro de treinta años, o bien ha dejado de existir el comunismo en China, o bien existe en todo el mundo; y si la situación actual se prolongase, creen ellos que China seguiría necesitando de Hong-Kong.

Sin embargo, como queda dicho al principio, la invasión de los Estados Unidos, iniciada firmemente a partir de hace unos diez años, ha cambiado el contexto. En 1954, los Estados Unidos habían implantado unas 80 sociedades en Hong-Kong. Hoy tienen 300. Si bien muchas de ellas son simples entidades de negocios, otras son invenciones de la CIA: Hong-Kong es el principal punto de espionaje americano sobre China. Hay «dinero americano y chinos adoctrinados por los americanos en todas partes; en los institutos de investigaciones políticas que proliferan, en la prensa, en la universidad china y otros centros de educación, en las empresas comerciales, desde las fábricas que envían suministros al Vietnam hasta las agencias de turismo» («The Observer», 21-V-67). El gobierno colonial británico ha dictado ciertas medidas de supuesta neutralidad, como es el que la séptima flota americana no pueda anclar en Hong-Kong «si viene directamente del Vietnam». Sin embargo, durante el año pasado estuvieron en Hong-Kong doscientos cincuenta mil marineros americanos. Y los Estados Unidos están adquiriendo suministros en Hong-Kong para Vietnam. Muchos de éstos proceden directamente de China...

Esta reunión de excepcionales circunstancias militares, políticas y sociales hacen que Hong-Kong sea hoy uno de los puntos más peligrosos del mundo, incluso más peligroso que la frontera de Israel y Egipto, en la que se fija estos días la atención mundial. A tales ingredientes pueden sumarse los de una típica situación colonial en nuestros días: el aumento demográfico, el peso de la juventud —más de la mitad de los habitantes de Hong-Kong tienen quince años o menos— atraída por la revolución china, la diferencia de oportunidades —abismal— entre razas distintas...

A fines del año pasado, unos incidentes semejantes se produjeron en Macao, posesión portuguesa de características similares a Hong-Kong —relativamente—, y los huelguistas y manifestantes recibieron el apoyo del gobierno de Pekín. El gobierno colonial de Macao tuvo que ceder; «perdió la cara», como dicen los chinos. La situación de Macao, ante un golpe de fuerza, es indefendible, como lo sería la de Hong-Kong por parte de los británicos. En el caso de Macao puede verse un preludio de los sucesos de Hong-Kong. Pero, ¿con qué significado? Es posible que la fácil victoria obtenida en el vecino Macao haya impulsado a los chinos de Hong-Kong a seguir su ejemplo. Pero es posible también que lo sucedido en Macao fuese el primer paso, el ensayo general de algo largamente premeditado para Hong-Kong. Macao y Hong-Kong son los dos territorios chinos bajo dominio colonial —si se exceptúa la situación de Formosa, que aun siendo una base militar americana, está bajo un gobierno chino de oposición, el del viejo mariscal Chiang Kai Chek— y puede ocurrir que les haya llegado ya el principio del fin.

Un ataque continental chino contra Hong-Kong sería irresistible; pero iniciaría, indudablemente, la III Guerra Mundial. Los Estados Unidos no dejarían de acudir en socorro de su aliada y compañera británica. Pero un estallido de Hong-Kong desde dentro, una revuelta de hambrientos y miserables, tendría un cariz moral y político bastante distinto, aunque, probablemente, ese aspecto moral no impidiese a los americanos su vocación intervencionista. Lo importante es que si lo que se ha puesto en marcha ahora en Hong-Kong es una ola de reivindicaciones sociales, China no puede hacer nada por contenerla y su única postura posible es ayudarla.

Se dice en Londres que se prepara una serie de reformas administrativas para su colonia asiática que permitan una mejor situación de los nativos chinos. Medidas, sin duda difíciles, que apenas serán un disfraz de la situación; pero aunque fueran de otra forma, aunque intentasen ser realistas y eficaces, se presentarán, como siempre, de una manera tardía. Todos los países coloniales han intentado más o menos, a última hora, realizar reformas sociales para contener el impulso nacionalista. Y no han conseguido nada.